



“Magnifica Fraternitas”:

La fraternidad religiosa como icono de una Iglesia sinodal

Queridos Hermanos:

Ojalá pudiera estar hoy entre vosotros, pero me alegro de que este vídeo pregrabado me permita enviaros un cordial saludo mientras celebráis nuestra fraternidad compartida y exploráis el rico testimonio del Religioso Hermano en la Iglesia. Aunque os observe desde la distancia, vuestro encuentro —que reúne a Hermanos de doce congregaciones diferentes— ya dice más que mil palabras. En una cultura a menudo dividida por el individualismo, vuestra presencia juntos es un testimonio luminoso que demuestra que la verdadera fraternidad está viva, es necesaria y profundamente requerida en nuestro mundo.

Esta cualidad magnética de nuestra vida compartida se sitúa en el corazón mismo del Evangelio. Al pensar en la primera comunidad cristiana de Jerusalén, el papa Francisco nos recordó durante una audiencia general que la forma en que vivían juntos aquellos primeros creyentes actuaba como un imán natural, atrayendo a tantas personas hacia el Señor. Tal y como él mismo dijo, esta fraternidad genuina —vivir juntos y cuidarnos verdaderamente unos de otros— es lo que hace creíble el Evangelio. Muestra al mundo la belleza de una vida transformada por el amor, que habla mucho más alto de lo que jamás podría hacerlo ningún argumento ingenioso.

Y precisamente por eso nuestra vocación como Religiosos Hermanos constituye un icono tan vivo de una Iglesia sinodal. La sinodalidad no se reduce a estructuras o a formas de gobierno; es un estilo de vida. Significa caminar codo con codo, escuchar con atención y llevar las cargas unos de otros. No nos limitamos a enseñar este camino: lo encarnamos con nuestro propio modo de vida. Nuestra identidad no proviene del rango ni del estatus, sino de la igualdad radical de nuestro bautismo compartido, mostrando a toda la Iglesia lo que ocurre cuando escuchar precede a hablar y la verdadera comunidad alimenta nuestra misión.

Por supuesto, vivir este testimonio implica ir más allá de los límites de nuestros propios carismas individuales. Cada una de nuestras doce congregaciones

aporta hoy a esta sala una historia rica y hermosa, pero nuestra vocación común nos pide que demos un paso adelante como una sola familia. Cuando el papa Francisco visitó Gozo, nos transmitió una visión que nos toca de cerca: nuestra misión solo da frutos reales cuando trabajamos juntos en profunda amistad. Cuando las personas ven una comunidad construida sobre el amor genuino y el perdón rápido, se sienten atraídas de forma natural hacia la luz de Cristo.

Por eso he decidido titular este mensaje *Magnifica Fraternitas*. Quiero que consideremos nuestra vocación no como algo olvidado o secundario, sino como un don esencial e indispensable para la Iglesia de hoy. Nuestra fraternidad ofrece una gracia magnífica mientras la Iglesia recorre su camino sinodal y busca la sanación del clericalismo. Con el simple hecho de vivir nuestra vocación, ofrecemos un modelo concreto para todo el Pueblo de Dios, demostrando que es verdaderamente posible ser una Iglesia auténticamente fraterna en lugar de rígidamente jerárquica; una Iglesia en la que escuchamos, compartimos la vida en igualdad y damos testimonio del Evangelio con una alegría real y contagiosa.

La fraternidad como antídoto contra el clericalismo y la exclusión

Ahora que hemos visto el poder magnético de nuestra vida compartida, analicemos directamente cómo *Magnifica Fraternitas* aborda algunas de las luchas más profundas que existen hoy en día en el seno de la Iglesia. Si la Iglesia está tratando de liberarse de las estructuras de dominación, el elitismo y la división, nuestra vocación ofrece un remedio práctico y vivo. Mucho antes de que prediquemos un sermón o escribamos un artículo, la simple realidad de cómo vivimos como Hermanos derriba las barreras en el camino sinodal a través de tres ámbitos profundos de nuestra vida.

En primer lugar, vuestra reunión en esa sala en este momento como Tutti Fratelli —Hermanos de doce congregaciones diferentes, que abarcan múltiples idiomas, generaciones y culturas— es un signo verdaderamente profético de inclusión radical. Mostradme una sola fotografía de vuestro grupo hoy; esa imagen por sí sola hablaría más que mil palabras. Demuestra que la fraternidad puede tender puentes sobre profundas divisiones culturales, institucionales y sociales. Ya sean nuestros institutos religiosos grandes y conocidos o pequeños y modestos, estáis sentados juntos en pie de igualdad, mostrando a una Iglesia

dividida que la auténtica igualdad relacional no es solo un sueño piadoso, sino una realidad vivida.

En segundo lugar, la vocación del Religioso Hermano desenmascara y desafía directamente la persistente tentación del clericalismo y el elitismo sagrado. Dado que nuestra vocación, por su propia naturaleza, no implica la ordenación, ofrece una crítica suave pero inquebrantable del poder jerárquico. Mirad a vuestro alrededor en esta sala: no hay títulos, ni rangos eclesiásticos, ni privilegios especiales. Al alejarse de la búsqueda del poder clerical, el nombre de «Hermano» nos remite a todos a la verdad fundamental del Evangelio: que la verdadera autoridad en el Reino de Dios se mide estrictamente por el servicio, y que la verdadera fecundidad espiritual brota de la humildad.

Por último, nuestra vida reivindica la dignidad fundamental de nuestro bautismo común. En la estructura de la Iglesia, los Hermanos no ostentan ningún estatus eclesiástico elevado. Nuestra vida consagrada se basa enteramente en ese sacramento fundamental que comparten todos y cada uno de los cristianos: nuestro bautismo. Al anclar nuestra identidad estrictamente en el hecho de ser hijos de Dios y hermanos unos de otros, recordamos a toda la Iglesia que la dignidad bautismal precede —y está muy por encima— de cualquier cargo o jerarquía. Al hacerlo, desmontamos mentalidades rígidas y ofrecemos un modelo claro de lo que realmente significa caminar juntos como iguales en este camino sinodal.

La fraternidad como sinodalidad en la práctica

Si nuestra identidad no clerical nos da la respuesta teológica al clericalismo, nuestra vida cotidiana en comunidad nos ofrece el modelo práctico de la sinodalidad. A menudo se habla de la sinodalidad en términos teológicos abstractos, lo que lleva a muchos en la Iglesia a preguntarse: «¿Cómo se traduce esto realmente en la vida cotidiana?». La respuesta se está dando precisamente en nuestras comunidades locales. Nuestra vida en común —nuestra oración compartida, sentarnos a compartir comidas sencillas en una mesa común, nuestras conversaciones sinceras, trabajar codo con codo, y sí, incluso nuestros desacuerdos y reconciliaciones— no es solo una elección de estilo de vida privada. Es la sinodalidad en acción. Cuando participamos en el discernimiento comunitario y vivimos nuestra rutina diaria, ofrecemos a la Iglesia una experiencia concreta y contrastada de lo que significa caminar juntos como hermanas y hermanos.

Esta experiencia vivida ofrece dos lecciones fundamentales para el camino sinodal de la Iglesia:

En primer lugar, la escucha mutua y la responsabilidad compartida forman parte integrante de la rutina de la vida de un Hermano. Estamos llamados a escucharnos activamente unos a otros —no solo las opiniones expresadas, sino también lo que queda sin decir—, discerniendo el Espíritu a través de las alegrías y las dificultades de cada uno. La verdadera vida comunitaria requiere un debate y una reflexión auténticos. Cuando una comunidad toma una decisión importante, no es solo porque un superior haya dado una orden desde arriba; surge de un discernimiento comunitario genuino, a veces desafiante. Cada Hermano comparte la responsabilidad de la vida y la misión de la comunidad, ofreciendo un modelo práctico para las parroquias, las diócesis y los encuentros sinodales de todo el mundo.

En segundo lugar, la Fraternidad religiosa ofrece una alternativa evangélica y refrescante al liderazgo autoritario y de arriba abajo. En una fraternidad, la autoridad es simplemente un acto de servicio humilde. El Hermano que ejerce de superior local se sienta en la misma mesa de comedor, come la misma comida, vive en la misma habitación sencilla y realiza su parte de las tareas domésticas. No hay tronos elevados ni privilegios especiales. Practicamos la rendición de cuentas circular, en la que incluso el superior debe dar cuentas a sus Hermanos en un clima de confianza y respeto mutuo. Y cuando termina su mandato, simplemente vuelve a integrarse en las filas y asume cualquier humilde ministerio que se le asigne a continuación. Esa transición fluida muestra a la Iglesia en general que la autoridad es un encargo temporal, no un ascenso permanente.

Por último, esta comunión interna se plasma de forma natural en nuestra labor apostólica. En una verdadera fraternidad, la misión pertenece a toda la comunidad, no a un individuo carismático que lo gestiona todo por sí solo. Trabajamos como un cuerpo unificado, equilibrando las fortalezas y apoyando las debilidades. Esta experiencia interna hace que los Hermanos sean especialmente idóneos para el ministerio colaborativo junto a mujeres y hombres laicos, y con quienes se encuentran en los márgenes. Ya sea en un colegio, un hospital o un centro social, los Hermanos no dirigen como autócratas aislados. En cambio, creamos espacios donde el personal, los

alumnos y las familias son verdaderos socios en la misión, extendiendo la calidez, la igualdad y la alegría de nuestra mesa fraterna al mundo en general.

La fraternidad como icono de la humanidad universal

Sin embargo, este don de la *Magnifica Fraternitas* no está destinado únicamente a la Iglesia. Al mirar hacia el mundo en general, descubrimos una tercera dimensión crucial: la fraternidad religiosa como icono vivo de nuestra humanidad compartida en un mundo fracturado. Hoy día, mientras las naciones se repliegan sobre sí mismas y las sociedades se dividen a lo largo de líneas de fractura políticas, económicas y culturales, nuestra vida en común sirve como una respuesta audaz y profética a la polarización, el nacionalismo y el hiperindividualismo.

Cuando una comunidad de Hermanos convive superando las diferencias —o cuando una casa internacional reúne bajo un mismo techo a hombres de naciones enemigas para partir el mismo pan—, se convierte en una prueba visible de que las divisiones globales pueden superarse. Mostramos a un mundo cínico que la unidad no requiere uniformidad, y que los seres humanos pueden pertenecer verdaderamente los unos a los otros sin perder su identidad.

Este testimonio se hace aún más fuerte cuando contemplamos vuestro encuentro de hoy. Cuando los Hermanos de doce Institutos distintos —con hábitos diferentes, trayendo tradiciones diferentes y arraigados en caminos espirituales distintos— se yerguen codo con codo como «tutti fratelli», ofrecéis al mundo un poderoso signo de fraternidad universal. A través de redes nacionales o encuentros intercongregacionales como el vuestro, demostramos que nuestros carismas distintivos no son propiedad privada que hay que custodiar, sino dones compartidos para el bien común. Ver cómo diferentes familias religiosas se dan la mano tranquiliza tanto a la Iglesia como a la sociedad, al demostrar que historias diversas pueden unirse armoniosamente en un compromiso común con la fraternidad.

Y este testimonio se vive a través de la entrega total de cada Hermano, independientemente de su edad o de su capacidad para el trabajo activo. El Hermano joven que prosigue sus estudios, el Hermano de mediana edad inmerso en un ministerio exigente, el Hermano que se toma un necesario año sabático para recuperarse del agotamiento, el Hermano enfermo en una cama

de hospital y el Hermano anciano que ya no puede realizar un trabajo activo: cada uno de ellos, simplemente al vivir su consagración, contribuye a sanar nuestro mundo quebrantado.

Nuestro valor como personas no se mide por la producción económica ni por la productividad institucional. Al honrar y acompañar a cada Hermano en todas las etapas de su vida, ofrecemos una lección radical a los líderes mundiales, a los economistas y a los responsables políticos. Les mostramos que es posible una sociedad verdaderamente humana, basada en la dignidad intrínseca, la confianza y la solidaridad. En un mundo que necesita desesperadamente sanación, nuestra *Magnifica Fraternitas* se erige como un icono silencioso y resplandeciente de aquello para lo que fue creada la humanidad.

Una palabra de advertencia: al celebrar esta vocación, también debemos reconocer con humildad que nuestro don de la fraternidad es sumamente frágil. Guardamos este tesoro en vasijas de barro, y no podemos permitirnos darlo por hecho. Cuando permitimos que la división, el egocentrismo o la amargura se cuecen en nuestra vida cotidiana, este don puede degenerar fácilmente en una «antifraternidad» vivida —un contra-testimonio que perjudica nuestra misión y corre el riesgo de convertirse en nuestra propia condenación—. Una fraternidad rota o superficial no es solo un inconveniente; traiciona el Evangelio que estamos llamados a encarnar. Reconocer nuestra debilidad humana exige una conversión diaria, el perdón mutuo y la confianza total en la gracia de Dios para salvaguardar y renovar el vínculo sagrado de nuestra fraternidad.

Enviados como *Magnifica Fraternitas*

Queridos Hermanos: ahora que vuestra asamblea «Tutti Fratelli» llega a su fin, os encontráis ante un umbral maravilloso. A lo largo de estos días juntos, habéis escuchado, orado, debatido y compartido vuestras vidas. Habéis sentido la fuerza silenciosa de vuestros doce carismas convergiendo en uno solo.

Ahora ha llegado el momento de ser enviados —no simplemente para volver a la rutina, sino para regresar a vuestras comunidades locales y obras como embajadores alegres y valientes de *Magnifica Fraternitas*.

Nuestra tarea hoy es clara y urgente. Mientras la Iglesia continúa su camino sinodal, esforzándose por sanar del clericalismo y redescubrir cómo caminar

juntos, la vocación del Religioso Hermano no es una reliquia del pasado ni una idea de último momento. Es un don esencial e indispensable. Nuestra mera existencia sirve de hoja de ruta viva para toda la Iglesia. Al reivindicar nuestra igualdad bautismal, practicar el liderazgo compartido y construir comunidades donde escuchar prima sobre hablar, mostramos a todos que una Iglesia fraterna y sinodal no es solo un sueño abstracto: ya está sucediendo entre nosotros.

Por eso os dejo con esta llamada: abrazad e irradiad la alegría cautivadora de nuestra vocación. Sed un faro de esperanza para una Iglesia que busca la renovación y para una familia humana cansada de la división y el aislamiento. Que vuestra alegría sea auténtica, abierta y contagiosa.

Mientras hacéis las maletas y regresáis a vuestros respectivos rincones de la viña, recordad qué es lo que está en el corazón de nuestra misión. No son nuestros programas, nuestras grandes instituciones ni nuestros argumentos ingeniosos lo que conmoverá los corazones. Es la auténtica fraternidad. El papa Francisco nos lo recordó en *Evangelii Gaudium* cuando escribió que la Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción. Cada vez que nos encontramos con otra persona con amor, nuestra fe se ilumina y el amor fraterno se convierte en una invitación irresistible al Evangelio.

Este es el corazón de nuestra vocación: la evangelización por atracción. Una fraternidad auténtica, misericordiosa e inclusiva actúa como un imán en un mundo que anhela una conexión verdadera. Cuando la gente observa nuestras comunidades y ve a Hermanos de diferentes orígenes, generaciones y culturas viviendo en auténtico amor y reconciliación, se sienten atraídos hacia Cristo sin necesidad de ningún argumento forzado.

Mis queridísimos Hermanos: salid y sed ese imán. Vivid vuestra consagración plenamente, con alegría y de forma auténtica. Que nuestra *Magnifica Fraternitas* brille con intensidad, atrayendo a la Iglesia y al mundo hacia la luz, el calor y la misericordia de Dios.

Maraming salamat y que Dios bendiga nuestro camino mientras proclamamos la buena nueva: «**¡Somos la Magnifica Fraternitas!**»

Hno. Armin A. Luistro, FSC

Referencias

1. Papa Francisco, Audiencia general (Catequesis sobre los Hechos de los Apóstoles: «Tenían todo en común»), Plaza de San Pedro, 26 de junio de 2019.
2. Papa Francisco, Discurso en el encuentro de oración, Santuario Nacional de Ta' Pinu, Gozo, Malta, 2 de abril de 2022.
3. Papa Francisco, Evangelii Gaudium (Exhortación apostólica sobre la proclamación del Evangelio en el mundo actual), 24 de noviembre de 2013.